



# EL MAESTRO DE LA ESCUELA VASCA

POR

D. J. LEONCIO DE URABAYEN

---

**Lo que pedimos al maestro de la escuela vasca**

---

## PRIMERA LECCIÓN

SEÑORAS Y SEÑORES

**T**ODO LO que vamos a decir sigue el curso de este razonamiento: Qué se propone la escuela universalmente y qué caminos concretos habrá de llevar nuestra escuela para conseguir esos fines universales. Y como uno de los factores más importantes de esa labor es el maestro, qué requisitos habremos de pedir a éste para que los vascos tengan la escuela ideal. Pero a la vez, y en justa correlación, qué exigencias habremos de satisfacer para que el maestro que buscamos se entregue a nuestra escuela en cuerpo y alma? Y finalmente, después de determinado el punto de llegada, estudiar en un examen de conciencia el de partida, la triste realidad que hemos de transformar. Vuestra benevolencia me acompañará hasta el fin y pondrá lo que falte en mi trabajo.

### El fin de la escuela vasca

Los tiempos van comunicando a la escuela una nota que se acentúa cada vez más: la de la eficacia. Se va universalizando la obra realizada como criterio estimativo del valor humano: tanto haces, tanto vales. Una acción entendida del modo más general: como conquista de las cosas y como perfección de la humanidad, cada vez más apta, más noble y más amplia; una capacidad cada vez mayor para comprender el mundo y para dominarlo. Y paralelamente con esta tendencia creciente a la actuación intensa, una fe profunda en la escuela como instrumento indispensable para actualizar la potencia humana.

Sino que al tratar de utilizar la escuela de ese modo se ha echado de ver una incompatibilidad absoluta entre lo que la vida moderna pide a la escuela y lo que ésta quiere darle. La sociedad pide hombres y recibe cuerpos débiles apagados, mecanizados o incapaces: carne de siervo. La escuela recibe fuerzas latentes y entrega montones de ceniza. Si la escuela concertara su trabajo con las actividades sociales, daría a la vida del mundo hombres que arderían en llamas vigorosas de creación, luz y calor, en lugar de tizones ya consumidos por una lucha antinatural, como todo lo estéril.

Si partimos de esta aspiración a una vida cada vez más perfecta y creemos que la escuela puede contribuir eficazmente a alcanzarla, forzosamente tendremos que adaptar el trabajo de la escuela a las exigencias de aquella aspiración. Intentar que la vida se adapte a la escuela, en cambio, nos parece un despropósito, porque la vida tiene un significado propio de que carece la escuela. Y sin embargo, esto es lo que sucede en la mayor parte de nuestras escuelas. Se trabaja en ellas como si se quisiera crear otra vida distinta de la que ha de llevar el niño más adelante. Luego resulta que la vida se sobrepone al molde de la escuela y que todos deploramos la inanidad de los esfuerzos malogrados en nuestros años de niñez. Cuando, sinceramente, examinamos los factores que han intervenido en la formación total de nuestra personalidad, vemos con amargura cuán poco ha puesto la escuela en la adquisición de aquello que tenemos de mejor y cuantas fuerzas, en cambio, que sentíamos bullir obscuramente, se marchitaron prematuramente o no llegaron a aflorar siquiera en las pasadas horas escolares, militarizadas por un lamentable desconocimiento de nuestro desarrollo espiritual.

Pero de esa amargura sacamos una afirmación y un propósito firmes: los de que la escuela puede elevar infinitamente la pulsación de las vidas humanas y de que hay que reformar cuanto sea necesario la escuela que ha de realizar este fin.

Necesitamos una escuela que desate, porque creemos que el hombre trae consigo todas las fuerzas que se traducirán en obras más adelante. La educación no pondrá nunca donde hay. La escuela, pues, será, fundamentalmente, temperatura, ocasión para que el niño, hombre en potencia, adquiera la conciencia de su capacidad y los hábitos que le darán la aptitud necesaria para saber actualizar sus energías en momento oportuno.

Pero he aquí que el ejercicio de esas energías habrá de tener lugar indudablemente en la sociedad de los hombres, cada vez más absorbente. Y no se entienda que ese ejercicio ha de ser el de la lucha por la vida, sino el del disfrute de una vida incesantemente ampliada en la fraternidad y en la cooperación de todos. Que la sociedad sirva para eso: para permitir al individuo vivir su vida plena.

Desde el principio venimos girando alrededor de una palabra que resume todas nuestras aspiraciones. Todo lo que hemos dicho es ésto sólo: *acción*. Acción en la vida y, porque la escuela ha de ser una de las maneras de preparación para la vida, para la vida perfecta, acción en la escuela también.

Acción, tentativa, aventura, en lo material y en lo espiritual, que eso son

formas vitales puras. Acción, esfuerzo, movimiento incesantes que, como la función crea el órgano, acabaran por hacer de los hombres que buscamos unos magníficos ejemplares que se aproximen cada vez más a Dios.

Todo lo cual equivale a decir que pedimos una escuela estimulante, en lugar de la escuela fría, reglamentista y estéril que aún reina. Una escuela que despierte, no que ahogue y moldee. Un sitio donde las fuerzas humanas, al apuntar en el niño, sean tratadas como plantas que nacen y no como formas definitivas que hay que vestir a nuestro gusto. Una sociedad en pequeño donde el niño adquiriera la experiencia de todas las generaciones precedentes y la aptitud para usar de sus fuerzas ilimitadamente en provecho de todos y en el suyo, por tanto. No la escuela-almacén, donde se van metiendo en el niño, víctima inocente de este horroroso crimen contra su espontaneidad, una cantidad mayor o menor de palabras sin significado para él. Queremos que la escuela sea una forma de la vida social y no una excepción de ésta. Y que, obedeciendo a las leyes del desarrollo humano, se conceda al niño toda la libertad necesaria para que su actividad, formada de intentos, de aventuras, de gérmenes de creación, se enriquezca con las conquistas de sus antepasados y tome en la escuela direcciones, visiones para una superación incesante sobre la obra total humana realizada ya. De una vez, querernos hombres siempre superiores a los anteriores, no depósitos de palabras, legitimados por unos papeles oficiales.

¿Necesitaremos decir que la escuela vasca, igual en esto a todas las escuelas del mundo, perseguirá esos mismos fines si pretende acercarse a la escuela ideal?

### **Las características de la escuela vasca**

Descendamos ahora al caso concreto. No llegaremos a comprender la acción actual de la escuela, sus defectos y la manera de perfeccionarla, si no adquirimos una clara concepción de lo que exige la sociedad y de lo que la escuela puede hacer para responder a las necesidades del medio social.

La realidad es ésta: antes que a la sociedad humana total, nosotros nos sentimos pertenecer a una comunidad local de hombres unidos por la sangre, el sentimiento y el pensamiento. Hombres que poseen una idiosincrasia especial, con todas sus consecuencias. Hombres vascos, hijos del pueblo vasco, en suma, Hombres con modos especiales de ver y de sentir la vida y que, juntos y separados, tienen problemas específicos de cuya inteligente resolución depende su incorporación brillante al esfuerzo general del perfeccionamiento humano. No creo que haga falta presentar prueba mejor de ello que este Congreso, que es más que nada un índice general de esos problemas.

Y como, según el fin que asignábamos a la escuela, su labor descansa toda sobre la acción, ésta, a su vez, lo hace sobre realidades concretas que en este caso son el pueblo vasco, con todas sus características.

Ahora bien: uno de los postulados pedagógicos fundamentales es el que aconseja amoldarse a la personalidad del educando en toda la labor pedagógica. De suerte que, ante un vasco, se nos aparecerán ya desde luego ciertas moda-

lidades que una escuela ideal se apresurara a tener en cuenta. Y como este caso se daría ante todos los vascos, resultaría que todas las escuelas vascas quedarían ipso facto, teñidas de un matiz especial, un modo de ejecución que sería la consecuencia de haberse amoldado la escuela al escolar, como piden la lógica, la justicia, la psicología y el sentido práctico.

Pero hay otra realidad concreta sobre la cual debería desarrollarse la acción de la escuela vasca: el suelo vasco, cuyas condiciones obran a la larga tan poderosamente sobre sus habitantes. Es lo que se llama la influencia del medio. Y sucede que para llegar al fin más elevado no hay otro camino que el de la realidad concreta, la Naturaleza sobre la cual el hombre vive y de cuyo aprovechamiento depende su existencia. A base, pues, del aprendizaje de los modos para dominar al suelo y para domesticarlo, haciendo de él un sitio bueno para vivir una vida completa, deberá desarrollarse el trabajo de la escuela, encaminado a la elevación continua de la personalidad humana. El objeto final es, por consiguiente, hacer hombres mejores, pero el camino para llegar a ese fin tiene que pasar por las realidades concretas de la lucha por la vida.

Ese aspecto geográfico de la educación (influencia del medio sobre el hombre y sus actividades y acción de éstas sobre aquel, lo han comprendido y realizado mejor o peor unos cuantos pueblos, no de los mayores precisamente, aunque sí de los más envidiables, Dinamarca, por ejemplo. Allí la escuela ha respetado y dirigido, perfeccionándolas e intensificándolas, las fuerzas sociales de la población rural. Ha estudiado sus necesidades y se ha adaptado a ellas. Así, el horario escolar es uno de los más elásticos del mundo, para permitir a los niños del campo la asistencia escolar sin perjuicio de sus obligaciones caseras.

Otra palabra, por consiguiente, puede resumir nuestras aspiraciones en este punto: *adaptación*. Adaptación al medio y al hombre, elasticidad y comprensión en la aplicación al pueblo vasco de los fines generales de la educación. Que las concepciones generales sean como una luz lejana y no moldes directos del trabajo escolar.

Y así sería posible la solución de este grave problema, de nuestro País Vasco: el de su prosperidad inmediata en todos los órdenes y su pronta incorporación a las vanguardias luminosas del progreso universal. Eso haría posible la fijación de la población rural, acabando con la emigración y el éxodo a las ciudades por medio de una intensificación de las explotaciones agrícolas, industriales y comerciales, a base de un conocimiento exacto de las características del suelo y del pueblo vascos y del modo de ponerlas al servicio de las actividades vascas. Y eso es lo que la escuela vasca habría de tener en cuenta para realizar su fin.

### **El papel del maestro de la escuela vasca**

Prescindamos aquí de aquellas condiciones generales que deben exigirse a todo maestro digno de serlo. Y tratemos de determinar cuáles son las especiales del que ha de actuar en nuestras escuelas ideales.

Nuestro maestro va a actuar en nuestra escuela vasca. Las exigencias de adaptación de que hemos hablado hace poco, serán, por consiguiente, ineludibles. Y traerán consigo una modalidad que imprimirá carácter a la personalidad del maestro que deseamos. El maestro debe ser un hombre universal y procurar que sus discípulos lo sean. Pero a lo abstracto se llega por lo concreto y el camino de hacerse mundial es hacerse nacional primeramente. Así todas las escuelas artísticas y aún las verdades científicas dan, al través de su manifestación particular, la palpitación universal, humana, de deseo de belleza y de verdad.

Por eso, el maestro de la escuela vasca no se comprende sino compenetrado de las necesidades, de las aspiraciones y de las características del pueblo que va a educar. Lo demás, aparte de irracional, injusto e inhumano, sería una atrocidad pedagógica.

Pedimos, pues, sobre todas las cosas a nuestros maestros amor al pueblo vasco. Un amor vivo, activo, lleno de preocupación por nuestro porvenir y de estudio constante de nuestro presente. Un amor que no sólo respetará las modalidades de nuestro carácter, sino que se servirá de ellas para hacer del vasco el hombre mejor que jamás haya existido sobre la tierra. Un amor que será actividad incesante por la elevación de la vida popular a la forma más completa de comunidad social. Y pedimos amor porque sin él no hay comprensión y sin ésta no hay educación.

No pedimos, sin embargo, limosna, sino, sencillamente, la aplicación de las leyes naturales a la educación de los individuos que componen el pueblo vasco: que el vasco sea educado como vasco si se quiere hacer de él un hombre. Que sobre sus peculiaridades étnicas se desarrolle la labor ejecutiva, pero no ahogándolas, sino haciéndolas florecer, porque son las reacciones valiosas de organismos ya adaptados, y sofocar esa reacción o intentar sustituirla es una labor criminal resuelta en pura pérdida para el mundo.

Supongamos que hay, felizmente, maestros aptos, comprensivos y activos en nuestras escuelas. ¿Sospecháis ya el principalísimo papel que jugarán en nuestro porvenir?

Ellos pueden ser la fuerza que haciendo amar el suelo natal por un inteligente estudio de la Naturaleza, despierten en cada pueblo el deseo de comunicarle un poderoso impulso económico y cultural. Y una consecuencia concreta de ese renacimiento de energías sería el fin de la emigración, puesto que los campesinos y los ciudadanos vascos, enamorados de su suelo y conscientes de sus posibilidades económicas, no querrían emplear sus esfuerzos sino en el objeto de todo su cariño.

Muy necesitado está también nuestro pueblo de espíritu de asociación, de solidaridad. En este sentido, el resultado material inmediato es el del progreso económico, por la formación de asociaciones cooperativas que dan a los campesinos, considerados como pequeños industriales a causa de lo reducido de sus medios de vida, la consideración y los poderosos elementos de las grandes industrias. Esto es permitir la vida rural, quede otro modo no puede hacer frente a la creciente invasión del capital empleado en considerables empresas. Pero

no es esto sólo: ese movimiento asociacionista constituye la base de todo movimiento político o social, porque da a cada uno la conciencia de sí mismo como parte de un núcleo que es a la vez célula del organismo nacional. Cualquier función de éste encontraría, por tanto, a los espíritus pensando y sintiendo homogéneamente y organizados en asociaciones que vendrían a ser los instrumentos de una acción política, considerada en su sentido más elevado.

Y lo mismo en el campo artístico. ¿No es una verdadera lástima que la vena musical, por ejemplo, en todas sus manifestaciones populares, vaya secándose en el pueblo vasco? ¿No pierde con ello, no sólo nosotros, sino el mundo entero, uno de sus goces más ricos, más puros y nobles? ¿Y no podía el maestro, como hace en Dinamarca, el admirable pueblo que canta maravillosamente a todas horas, conservar e impulsar esta característica nuestra tan elogiada y estimable?

Nosotros asignamos al maestro de la escuela vasca un papel de excitador y de conductor de las energías dormidas de nuestro pueblo. Un papel grande, una obra excepcional para la cual necesitamos lo mejor de nuestra gente. Obra de santos y de sabios a la vez, alrededor de los cuales y del Párroco gire toda la vida fecunda que deseamos para el pueblo vasco.

## **Lo que nos pide el maestro de la escuela vasca**

### **Formación**

Como buscamos hombres de veras, comprensivos y cultos y no podemos esperar encontrarlos en la medida deseada, forzoso nos será tratar de remediarlo procurando obtenerlos por medio de una formación adecuada. No tendríamos derecho a exigir amor y conocimiento si no habíamos puesto los medios para comunicárselos a los que deseamos ver a la cabeza del movimiento vasco de resurrección.

Sobre las exigencias generales de una preparación pedagógica completa, deberíamos, pues, dar a nuestros maestros una preparación especial acerca de la realidad vasca sobre la cual van a actuar. En esto, todo lo que fuera necesario, para poder también, en un caso desgraciado, pedir justicieramente la máxima eficacia a la labor escolar. Los medios para esta preparación especial de la cual depende nuestra misma vida nacional constituyen el objeto de otro cursillo y mañana quedarán expuestos con detalle suficiente.

### **Satisfacción**

A toda costa hay que procurar que el maestro de la escuela vasca no eche nada de menos en su pueblo. Esta es la base fundamental para que su trabajo sea fructífero. Un maestro que se considere desterrado en una de nuestras aldeas, que solo piense en salir pronto de ella para ir a otro pueblo de donde volverá a salir en cuanto pueda; que tome el campo como un castigo o la escuela de la ciudad como un escalón para otros puestos; un maestro descen-

trado, en fin, es una cosa mortal para la educación. Y ese descentramiento se produce siempre que uno choca con una diferencia infranqueable entre el ideal que se propone realizar y los medios puestos a su disposición para conseguirlo,

Como quiera que sea hay que procurar, pues, que el maestro de la escuela vasca esté satisfecho de serlo y no piense siquiera en que pudiera ser otra cosa o serlo en otra parte. Y esto no es tan difícil de conseguir. Es uno de los problemas que tienen solución más clara. Se puede resolver, aunque no se quiere resolver. Otra palabra resumirá el remedio: *dinero*.

Porque con dinero, el maestro tendría retribución suficiente. Y tendría habitación cómoda, elegante (¿por qué no, si él ha de ser el espejo de todos?), y combustible, y jardín-huerta. Que todos esos elementos son necesarios para la vida en el campo. Y podría leer y estudiar y conservarse en el tono elevado que requiere su labor de guía y de consejero de todo un pueblo.

Volvamos a Dinamarca, si os place. El problema central de la educación en esa nación, de territorio poco más del doble que nuestro País Vasco, de suelo muy pobre en el que viven menos de tres millones de habitantes, fué éste: fijar la población rural para evitar una despoblación inevitable, tenida cuenta de las condiciones inhospitalarias de aquel país. El resultado ha sido estupendo. Hoy las tierras bajas y pobres están sembradas de granjas limpias y cómodas elegantes, con sus flores y arbustos cuidados esmeradamente, sus pequeños jardines con caminos enarenados y sus plantas trepadoras. Los campesinos viven con holgura, satisfechos, sin echar nada de menos. ¿Cómo se efectuó el milagro?

Se vió primeramente que para mantener una población rural en el campo son necesarias dos cosas: que los resultados del trabajo de la tierra sean proporcionados al dinero y a la labor empleados, y que la vida cotidiana de la granja sea socialmente atractiva y sana. Cuando esto no sucede, se inicia la emigración hacia la ciudad o más lejos. Pues bien; los que se preocupaban por el porvenir de Dinamarca, tomaron como lema de sus esfuerzos las palabras de Bailey: «El campesino debe ser capaz de interesarse espiritualmente en la naturaleza que le rodea como en su principal recurso de poder y de felicidad». E hicieron que el maestro fuera aplicando en cada pueblo ese principio de asombrosa fecundidad. La acción del maestro se dirigió a comunicar a todos ese interés espiritual por el paisaje donde vivían y a despertar en ellos ideas y deseos de mejorarlo y de utilizarlo de la mejor manera posible.

Y preparada así la base económica de la vida rural, su aspecto social. Los daneses no son amigos de llevar la cara larga y se divierten con una frecuencia chocante. Hay muchas fiestas en el año, que son celebradas con gran rumbo, derrochando dinero hasta la ruina a veces. Luego, el cantar. Cantan a todas horas, en las casas, en el campo, en la iglesia, en las reuniones. Cantan con sentimiento y ritmo cosas populares y patrióticas que se saben de memoria.

Otro pilar fundamental de las diversiones danesas es el atletismo, que practica todo el mundo, viejos inclusive. Y aquí van incluidos los bailes, muy del gusto también de este pequeño pueblo, extrañamente semejante al vasco en todo esto, como en otras muchas cosas.

Pues el maestro, preparado especialmente en el conocimiento de estas realidades, acomodó a ellas su tarea de reconstitución y las impulsó eficazmente. Despertó en las comunidades rurales el amor a la naturaleza, las capacitó para aprovecharla económica y estéticamente y fomentó en la escuela y fuera de ella los modos particulares daneses de sentirse feliz: el canto, la gimnasia, las reuniones, todo fué influenciado poderosamente por la acción del maestro. Así hoy la vida rural de Dinamarca posee todos los elementos necesarios para que su población viva tranquila y contenta, completamente libre del peligro de caer en una relajación de las costumbres, siempre posible cuando se ciegan las fuentes naturales de la diversión, que es una cosa indispensable para la Humanidad. Y libre también de la inquietud, del descontento que la haría buscar mayor comodidad o mayor sociabilidad.

Esa acción del maestro danés, unida a la paralela del Párroco, les ha conquistado la adhesión total de sus pueblos. Toda la vida espiritual y material del campo gira en Dinamarca alrededor de la iglesia y la escuela, no sólo en el trabajo inmediato, sino en todas las influencias que emanan de ellas para una vida mejor. Las habitaciones del párroco y del maestro, lindas y bien cuidadas, sirven de ejemplo a la población. Y ambos, con frecuencia, dan cursos de lecturas, de extensión cultural y reúnen al pueblo en asamblea donde se narran los mitos escandinavos, cuentos de hadas y cosas semejantes.

El párroco y el maestro, cultos y bien retribuidos, altamente considerados en el pueblo, constituidos en sus guías y consejeros e identificados con él, no tienen, por consiguiente, motivos para huirlo, sino más bien todo lo contrario.

Y su labor tiene esas exigencias mínimas: las de una vida desahogada que ha de servir de ejemplo constantemente. El maestro danés viene a cobrar al año por término medio 3.400 coronas (4.760 francos), 2.565 coronas (3.591 francos) 01.765 coronas (2.471 francos), según se trate de «primeros maestros» «segundos maestros» o maestras, respectivamente. En esas cifras van englobadas todas sus retribuciones (sueldo, casa, combustible, jardín, gajes). Y esos sueldos se pagan en pueblos minúsculos, lo mismo que en grandes. Ya es de clavo pasado que los fines de la escuela no son más elevados en un pueblo que en otro porque uno de ellos tenga más casas o más gente.

### **La situación presente del maestro de la escuela vasca.**

Después de ese recorrido por las claras esferas ideales, descendamos a la triste realidad.

La mayor parte de los maestros de escuelas vascas no sienten en vasco (juzgarnos aquí por los frutos de su labor, sin meternos en intimidades personales). Esto es decir que la adaptación, fundamental para la eficacia de la labor educativa falta. Sin la compenetración con el pueblo, con sus más puros modos de sentir, la influencia del maestro chocará siempre con una resistencia invencible, nacida de las raíces más profundas de la raza.

Y esa oposición sentimental se agrava con el desconocimiento de las carac-



terísticas del país y de sus posibilidades. ¿Cómo vamos a pedir a hombres ciegos que nos encaminen?

Nosotros pensamos que a los maestros vascos esta encomendada fundamentalmente la tarea gigantesca de despertar a este pueblo y de prepararlo para que realice con toda amplitud su fin social. Pero para eso es necesario que los maestros tengan clara conciencia de ese fin y de los medios a propósito para alcanzarlo. Si, según hemos visto, esos medios no pueden tener otra base que los modos particulares de ser de nuestro pueblo y los maestros dan la la espalda a estos modos, ¿qué esperanza vamos a poner en su actuación?

El pueblo, instintivamente, se aparta de los que no lo comprenden. Ahí tenéis esos elocuentes y vergonzosos porcentajes de analfabetismo que padece nuestro País Vasco (Alaba 32'37, Gipuzkoa 40'68, Bizkaya 40'79 y Nabara 43'41). Se echa la culpa de esto a muchas cosas, sobre todo a la falta de escuelas. Ciertamente, todo contribuye a ello. Pero esa desconfianza ingénita del campesino hacia quien no lo comprende ni le sirve no es una de las causas menores de nuestra incultura. Y esta causa es casi única allí donde la lengua corriente es el euzkera: como el absurdo les es impuesto por la ley o con la excusa de la ley, los euzkeldunes se defienden con las únicas armas que poseen: huyendo de la escuela. El resultado indigna y entristece. Esa incompreensión priva a la Humanidad de muchos miembros útiles para el progreso del mundo.

Por otra parte, es bien difícil conseguir que todos los maestros actuales se identifiquen con el porvenir dormido en el seno de sus discípulos vascos. De 291 maestros propietarios de sus escuelas en Nabarra, 132 eran nacidos fuera del País Vasco, y de 161 maestras, 78 (en el año 1917). Supongo que la proporción no-será menor en Alaba y Gipuzkoa. En Bizkaya ya sabemos que no lo es. porque nos lo dijo anteayer el Sr. Landeta. Ciertamente, puede darse el caso de maestros no vascos que lleguen a identificarse con lo vasco y seguramente los habrá. ¿Pero no es de una lógica elemental que esa identificación será infinitamente más fácil cuando el maestro sea vasco por su origen y por su educación. Y todo esto ¿no está llamando con voces angustiosas a nuestros jóvenes para que con ellos pueda formarse el grupo de maestros entusiastas y nobles, destinado a incorporar a nuestro pueblo con un riguroso «¡Levántate y anda!»?

Otro lado sombrío de la realidad: La mayoría de los maestros de las escuelas vascas son incompetentes. Y ya comprendéis inmediatamente la gravísima transcendencia de este defecto. En la mayoría de las escuelas vascas la enseñanza se reduce a leer, escribir y algo de cuentas.

Claro que esta tristeza es patrimonio de España entera y una resultante de la formación total del maestro. Los candidatos al ingreso proceden en general de familias humildes donde ni los medios ni el ambiente son favorables para crear temperamentos selectos. Su instrucción primaria es completamente insuficiente. Y luego, en la Escuela Normal se ven obligados a seguir unos planes de estudios agobiadores y no siempre bien desarrollados. De educación no hablemos, porque sería hablar de la nada. Y después, bien por una oposición donde los programas ni mencionan siquiera las condiciones especiales de las

escuelas que han de proveerse, o por el procedimiento más cómodo de la interinidad, nuestro maestro se encuentra, llena la cabeza de símbolos huecos (cuando se la ha llenado), al frente de una escuela y teniendo en su mano el porvenir del pueblo. Y como todo lo que ha aprendido aparece en su completa inanidad ante la realidad concreta, nuestro maestro toma la línea de menor resistencia y reduce su enseñanza a leer, escribir y algo de cuentas.

¿Pero puede hacer algo más en las condiciones en que se halla? Con demasiados niños, con malos locales, con insuficiente material y sobre todo, con semejantes sueldos, ¿qué puede uno exigir sin sentirse inmediatamente desarraigado? En Navarra la retribución total media, que actualmente cobran los maestros, es de 1.429,42 pesetas anuales. Ahí está comprendido el sueldo, la retribución por adultos, el aumento gradual de sueldo y la casa-habitación. Las maestras cobran 1.182,16 pesetas anuales.

Comparad esas cifras con las que hemos dado para los maestros de Dinamarca. Y poneos en el caso de uno de nuestros maestros que llega a un pueblo, en donde cada uno posee sólo las provisiones necesarias para el consumo familiar. Y si el maestro es casado, decidme qué hace aquel hombre que apenas gana para comer y que encima se encuentra con la imposibilidad de emplear sus escasas pesetas en lo más indispensable. ¿Creéis que hay así manera posible de redimir un pueblo, precisamente los pueblos más necesitados de redención, los más pobres y ruines?

El resultado final de todos esos males adopta una forma ostensible, que en Navarra es ya escandalosa. La danza de maestros es continua. Hay pueblo que ve varios en un año. La estabilidad se ha convertido en un mito. Y encima, el número de vacantes (hablo de Navarra) asusta. De 649 escuelas consideradas como públicas, sólo 472 estaban provistas en propiedad (Mayo 1918) hasta el próximo concurso. ¿Qué labor puede desarrollarse así, con maestros que se consideran siempre en situación provisional? La estabilidad es la primera condición para todo trabajo serio. Y esa estabilidad sólo se logrará cuando se ponga al maestro en forma tal que no eche nada de menos. Para eso deben concertarse los esfuerzos de todos. Y que las escuelas que padecemos desaparezcan para siempre. «Mientras los padres toleren las escuelas actuales- dice Gurlitt-no pueden quejarse de los fracasos de sus hijos. Cada pueblo tiene las escuelas que merece. Si los padres permanecen inactivos, no tienen derecho a quejarse de las escuelas y menos de sus hijos, sino solamente de su inacción».

### **Medios para formar al maestro de la escuela vasca dentro del régimen actual**

## **SEGUNDA LECCIÓN**

Al tratar del maestro de la escuela vasca tratábamos como uno de los requisitos fundamentales para el éxito de su labor la formación cuidadosa de los que han de tener en sus manos nuestro porvenir.

Creo completamente innecesario demostrar que las actuales Escuelas Normales no pueden formar bien el maestro que nosotros necesitamos. Su organi-

zación rígida y uniforme, no daría entrada a aquellos estudios y trabajos que capacitarían a nuestro maestro para serlo de veras de una escuela vasca, además, el mismo plan de estudios de esas escuelas es muy imperfecto. Aunque el mal mayor está en que, debiendo preparar educadores, son establecimientos de pura instrucción, entendida del modo más abstracto. Hay también otras causas, que suponen reformas fundamentales si han de evitarse. El resultado total es el maestro que padecemos, con instrucción indigesta y preparación profesional nula. Y no hablemos de la formación humana, abandonada completamente a la iniciativa individual. De todos estos males, es milagro que se salve alguno.

La organización actual, por consiguiente, no puede satisfacernos. ¿Qué hacer?

Tenemos dos caminos. Uno no lleva a ninguna parte. Es el actual. El de contentarnos con lo que tenemos. Es también el más económico y el más cómodo. A nosotros nos costará poco y nos dará escaso trabajo marchar a este paso de caracol. Sólo tiene una quiebra. La de todo lo estático: cualquier fuerza puede echarlo abajo. Y no faltaría quien luego se aprovechase de los materiales procedentes del derribo. Esto quiere decir que la única manera de ser libre es la de luchar, no la de soportar. Y pudiera muy bien suceder que nuestros hijos, devenidos conciencia de la raza, lamentasen amargamente la situación de dependencia de otros pueblos a que nuestra patria les condujo.

Hay que moverse, pues. Y hay que poner esfuerzo y recursos para esta necesidad de potenciar a nuestro pueblo. En rigor, todo puede reducirse a una sola cosa dinero: Y es que éste es ahora el módulo de todas las cosas. Esto podrá parecer escandalosamente materialista; pero yo quisiera que se me dijese si hay otro medio distinto para formar buenos maestros y después para retenerlos satisfechos en sus escuelas. Y puesto que esta es la realidad, todo lo brutal que se quiera, pero única, vamos a ver qué se podría hacer con dinero para lograr el maestro que pedíamos ayer para la escuela vasca.

Partamos del hecho siguiente: los maestros que salen actualmente de las Escuelas Normales (no hay otro medio para obtener el título de Maestro Nacional) no están bastante preparados para dirigir la escuela vasca, tal como nosotros la deseamos. Consecuencia: hay que reforzar esa preparación u organizarla totalmente desde el principio.

Esencialmente, el maestro, además del requisito fundamental de su adaptación completa al medio sobre el que va a trabajar, necesita poseer condiciones personales de carácter, de conocimientos y de técnica de su profesión.

De todo eso, lo más fácil de adquirir son los conocimientos, la ciencia. Podríamos, pues, para simplificar nuestra labor, contar con ellos y preocuparnos sólo del carácter de los futuros maestros, de su adaptación a nuestro medio vasco y de la técnica educativa.

Eso supondría, si había de hacerse bien, la existencia de un establecimiento organizado ad hoc. Y así queda trazado nuestro propósito en el sentido de dar a los maestros una formación universitaria, que es, indudablemente, el ideal en la preparación de los maestros. A ello podría llegarse si las Diputaciones

del País Vasco, mancomunadamente, consiguieran la autonomía de la enseñanza.

La realidad, sin embargo, vuelve a sujetarnos a la tierra. En las actuales condiciones de nuestro País Vasco no podemos permitirnos esa solución que a muchos parecerá un lujo, como parecía un lujo el tren a nuestros antepasados no hace, todavía muchos años.

Por otra parte, el Estado no permite ejercer la enseñanza en las escuelas públicas a quien no posea el título oficial de *Maestro Nacional*. Nuestros maestros, por tanto, y mientras las cosas no cambiasen, habrían también de poseer ese título. Y si nosotros formábamos aparte completamente a nuestros maestros, esa formación no sería válida si no era refrendada en alguna Escuela Normal oficial. De esta suerte el esfuerzo que nosotros habríamos de pedir a los que designábamos para dirigir nuestras escuelas era considerable.

Así, pues, nos conviene operar sobre los que ya posean ese título oficial indispensable. Y en un establecimiento adecuado recibirían después la formación supletoria que estimamos de todo punto necesaria al maestro de la escuela vasca.

¿Más cómo hacer que los Maestros acudan a ese establecimiento? Mientras las condiciones no varíen, será inútil esperanza. Si después de esa formación supletoria, nuestro maestro, capaz, entusiasta, identificado con el alma vasca, ha de medirse por el mismo rasero que el oficial, maestro por el título solamente, nuestra juventud no acudirá. ¿Qué vale que venga alguno que otro, ardiendo en amor por el pueblo y en deseo de capacitarse para hacerlo efectivo?. A mayores trabajos con igual recompensa, menor es el número de los que se ofrecen. Hay que poner un incentivo para atraer a los rehacios. Y aquí es donde entra en juego el dinero. Retribuid mejor, mucho mejor, a aquellos de quienes lo esperáis todo, y el obstáculo está vencido.

Concretando ya. El maestro de la escuela vasca, tal como lo pensamos, podía ser formado así: Preparando en un establecimiento que se crearía al efecto y que sería sostenido por las cuatro Diputaciones vascas, un número determinado de candidatos que deberían poseer ya el título oficial de «Maestro Nacional». Los maestros en ejercicio, que hubieren recibido su formación supletoria en ese establecimiento, recibirían de las Diputaciones correspondientes un suplemento anual importante sobre su sueldo oficial. La importancia de ese suplemento podía ser la base del cambio total de nuestra lamentable situación actual. Por eso creemos que no debería regatearse nada en este punto. Si ese suplemento fuera, por ejemplo, de 2.000 pesetas anuales, el éxito del establecimiento para la formación y el trabajo posterior de los maestros en el formados, estaba asegurado. Pronto nuestras escuelas estarían provistas establemente y reudirían los debidos frutos. Y si se piensa que eso es demasiado, recordemos lo que cobra el maestro danés y lo que necesita esa profesión, de la cual depende el porvenir de nuestro pueblo y el de nuestros hijos con él; que no hay interés más crecido que el que puede rendir un capital empleado en educación.

## El establecimiento para la formación

### supletoria de nuestros maestros :-: :-:

Lo primero de todo sería hacer una selección de los candidatos, puesto que se trata de darles una formación sobre una base que deben ya traer ellos. Las condiciones podían ser éstas:

Poseer el título de *Maestro Nacional*, dado por el Estado español.

Derecho de preferencia de los candidatos de origen vasco.

Sufrir una prueba sobre las materias y en la forma que se determinaría, para demostrar conocimientos científicos y artísticos suficientes.

Una prueba especial para acreditar dominio del euzkera.

Seleccionado así el contingente de los alumnos-maestros, comenzaría su preparación para maestros de escuelas vascas.

Nos parece que la organización más apropiada para ello había de ser la de un internado gratuito y gobernado con la amplitud de criterio indispensable para que la formación de los pupilos tuviese lugar en un ambiente de comprensiva humanidad. Se trata, además, de hombres, cuyos espíritus pueden juzgar por cuenta propia. Más que nada, el internado debe responder a una necesidad de ambiente libremente aceptado y en el cual, insensiblemente, vayan adquiriéndose hábitos. Y a la vez, responde a un mejor aprovechamiento de los trabajos pedagógicos, por economía de tiempo y mejor disposición del material.

¿Cual sería la labor del establecimiento?

La del maestro en su escuela pide, en síntesis, cultura, adaptación, técnica y condiciones personales. De la cultura de los alumnos-maestros nos aseguramos al seleccionarlos. Por tanto, las otras exigencias serán las que principalmente deberemos atender.

Las condiciones de carácter se fomentarán por el mismo régimen del establecimiento principalmente, y por la disciplina de trabajo que en él debe reinar. La vida en común, con todas sus incidencias, con las incidencias de una vida familiar, no rígidamente reglamentada, con excursiones, con visitas y actos públicos, con una vida higiénica, ejercicio físico y trabajo incesante y sobre todo, con la comunicación diaria con personalidades escogidas, en comunidad de trabajo, darían el tono de elevación en que necesita desarrollarse la fornjación de los hombres mejores que han de ser nuestros maestros,

Examinemos ahora la índole de ese trabajo que los alumnos-maestros realizarían durante su formación.

Nosotros queremos un maestro perfecto. Y pensamos que esa perfección no puede alcanzarse sin que las mejores cualidades se concentren para realizar una imprescindible acomodación al objeto sobre el cual van a operar. Es decir, que se piensa en un modelo abstracto, pero hay que obrar sobre un caso concreto. Este caso concreto es la personalidad del educando, nuestro vasco, en fin. Y en este vasco, como en todos los hombres, ejercen su acción determi-

nadas influencias que se traducen en matices étnicos y en consecuencias económicas. El estudio de esas influencias será por tanto, un axioma en la formación que proyectamos.

Deberán, pues, estudiarse en ese establecimiento, el vasco y el medio donde se desenvuelve, el hombre y los elementos a su disposición para progresar, Antropología y Geometría vascas en su más amplio sentido. Sobre esta base concreta vendrán todas las teorías generales y todas las tentativas para el aumento de valor de la raza. Es decir, que toda la técnica educativa se adaptará a ese antecedente indispensable del caso particular. De otro modo: esto será estudiar la realidad sobre la cual ha de ejercerse la actuación del maestro. La labor del maestro —no lo olvidemos— esta determinada por dos puntos: uno de partida, la realidad, y otro de llegada, el ideal propuesto. Ambos están enlazados por la técnica educativa, traducida en modos con dos caras: una que mira a la realidad y que llamamos adaptación, y otra que mira al ideal y que llamamos dirección. Pero la dirección no puede venir faltando la adaptación, que es su antecedente natural inevitable.

Nuestro maestro, por tanto, estudiaría a fondo el pueblo vasco y sus características en el tiempo y en el espacio (Historia, Etnología y Geografía), sus cualidades permanentes y sus manifestaciones variables, lo que es y cómo evoluciona, el juego de sus esfuerzos ante la Naturaleza sobre que vive.

Ciertamente, aún dentro del pueblo vasco hay variedades múltiples, dependientes, sobre todo, de condiciones de medio. Pero la adaptación que pedimos no iba a llevarse tan adelante que fuera dominándolas una a una. Ni habría tiempo ni sería necesario. El procedimiento sería el de poner al maestro en aptitud de adaptarse fácilmente a cualquiera de esas condiciones (vida agrícola, industrial, marítima, comercial, etc.), y aun de crear sistemas nuevos frente a los problemas que surjan ante ellos. Darle la base para que pueda ensayar todas las ideas nuevas.

Así aquellas magníficas manifestaciones que han apuntado en el pueblo vasco, productos artísticos, habilidades técnicas y direcciones morales, bien conocidas por el maestro, serían cuidadosamente cultivadas y enriquecerían al mundo con creaciones de valor universal y contribuirían a hacer de la vida humana una cosa siempre más noble y digna de ser vivida.

El maestro debe también dominar la técnica educativa, el modo de educar. Métodos, Procedimientos y maneras para llegar al ideal propuesto, partiendo de la realidad.

Nosotros pensamos en una escuela muy distinta de la actual. Una escuela que no sea una solución de continuidad en la vida, sino la vida misma, puesta al servicio del progreso. Una institución basada en la manera mejor de aprovechar las fuerzas humanas para hacer pronto de todos los hombres una gran familia que trabaja armoniosamente en su propio perfeccionamiento: unir a todos y capacitar a todos a la vez. Nosotros pensamos en la escuela de Dewey: una comunidad de vida embrionaria, en la que cada uno de sus miembros se sature del espíritu de cooperación y adquiera el instrumento para su autonomía efectiva.

Trabajando, pues, en la vida y sobre la vida, la experiencia será nuestro criterio metodológico. Si reparamos bien, todo el movimiento científico y artístico no es sino una exposición más formal y definida de los hechos que vemos, sentimos y tocamos diariamente. Por consiguiente, comprender y saber reproducir la génesis de esa sistematización, dará al maestro los medios más adecuados para la formación intelectual de sus discípulos. Así como el conocimiento de las leyes y formas sociales en su constante evolución le proporcionará la manera de despertar y dirigir las fuerzas físicas y morales de los niños. Y al lado de esas características del desarrollo colectivo las del desarrollo individual.

Lo cual quiere decir que la adquisición de la técnica educativa habrá de basarse en el estudio del individuo y en el de la sociedad: Psicología y Sociología. En la primera irán comprendidas la normal y la patológica, la general y la del niño y más particularmente la de éste; en la Sociología los desarrollos económicos y éticos que vienen a constituir la civilización, las formas humanas de relación, miradas en su sentido evolutivo; una Sociología que sea a la vez verdadera Historia.

Después, la técnica educativa propiamente dicha. Aquí entrarían la historia de las ideas sobre educación, la organización y administración escolar y la didáctica en una escuela modelo aneja al establecimiento, basada en los principios de Dewey: «Instrucción de las ocupaciones activas, del estudio de la Naturaleza, de la ciencia elemental, del arte y de la historia; la relegación de lo meramente simbólico y formal a una posición secundaria; el cambio en la atmósfera moral de la escuela, en la relación de los discípulos y los maestros—de la disciplina—, la introducción de factores más activos, expletivos y autodirectivos». Y todo ello con un sentido de orientación, no de forma definitiva, con objeto de permitir a los maestros deseados adaptarse a la realidad escolar en todas sus formas, comunicándoles la necesaria flexibilidad para dominar esa realidad y aún implantar, en una inteligente reacción, sistemas nuevos para la resolución de problemas nuevos que puedan presentarse. Darles los medios para desarrollar lo mejor que pueda presentarse en el campo educativo, y no una serie de procedimientos que, por nuevos que fuesen, pronto se harían viejos. Ponerles, en fin, en perpétua actitud de cambio, no de estancamiento, y de adaptación a los incesantes perfeccionamiento conseguidos en su profesión.

El tono general de trabajo en el establecimiento contribuiría a fijar esa actitud constante de rectificación progresiva hacia la perfección. La labor se desarrollaría en una comunidad de trabajo, una hermandad de investigación en la, que profesores y alumnos buscarían juntos el camino para una educación cada vez mejor de nuestro pueblo.

Calculamos que todo eso podía realizarse en dos cursos, separados por unas vacaciones más bien cortas (mes y medio o dos meses a lo sumo) cuyo objeto principal sería permitir a los alumnos estar con sus familias y estudiar aspectos del pueblo de su residencia, con arreglo a direcciones de los profesores del establecimiento.

Aprobados los trabajos de esos dos cursos, los alumnos-maestros serían declarados aptos para dirigir una escuela vasca con derecho a percibir el suplemento de 2.000 pesetas que pagarían las Diputaciones.

Quedaría aún por resolver el ingreso de estos maestros en las escuelas oficiales. Los que no tuvieran ya escuela, no tendrían otro remedio que hacer oposiciones o ingresar como interinos; pero haciendo extensivo a Alaba, Guipuzkoa y Bizkaya el derecho de los pueblos navarros a la propuesta unipersonal de sus maestros (cosa que no creemos difícil de conseguir), se podría llegar pronto a colocar en su verdadero destino a los maestros que nos hacen falta.

### La protección cultural del maestro de la escuela vasca

Ya el maestro está al frente de su escuela. Y puede muy bien suceder (es lo más frecuente que suceda) que a pesar de la formación intentada o pasado cierto tiempo después de ella, la obra educativa no responda a las esperanzas concebidas. Supongamos que la culpa no es de la escuela, que cuenta con todas las condiciones y elementos necesarios para trabajar bien, sino del maestro, que no se adapta convenientemente o se abandona. Estos son los peligros más probables y la manera de evitarlos es velando constantemente porque no decaigan ni su competencia ni su entusiasmo. Se impone, pues, una inteligente inspección y una constante comunicación del maestro con el movimiento cultural si no se quiere que, abandonado a sus propias fuerzas en un medio inferior, acabe por ser absorbido por él, anulándose de esa suerte la fuerza más eficiente para el progreso de aquel pueblo.

La inspección podía estar a cargo del pueblo mismo y de delegados especiales de las Diputaciones, en correspondencia con el organismo superior de cultura que éstas se verán obligadas a crear si han de emprender decididamente la obra de reconstitución que el pueblo vasco pide con toda urgencia.

Así los pueblos y el País entero tendrían las suficientes garantías de que sus esfuerzos eran debidamente secundados. Y en el caso lamentable de que algún maestro no encajara en un pueblo o no estuviera a la altura de su cometido, la medida reparadora era fácil de tomar: se reduciría a un prudente gobierno del suplemento que las Diputaciones pagarían sobre los sueldos.

Desde luego que esa inspección obraría independientemente de la del Estado y con fines esencialmente de garantía, de protección y de relación. Garantía para los pueblos y para el País, de que el trabajo se realizaba perfectamente: Protección del maestro, que sería informado de las novedades pedagógicas y del cual, a la vez, recogería el Inspector aquellas ideas y proposiciones encaminadas a facilitar la labor de la escuela y la influencia del maestro en la vida del pueblo. Y relación, por fin, entre el maestro y el organismo superior de cultura en una colaboración cerrada y en un constante intercambio de ideas y resultados.



Ni, aún así quedaría el maestro bastante protegido contra las poderosas influencias exteriores y las inclinaciones propias a seguir la línea del menor esfuerzo. Habría que evitar a todo trance su aislamiento del mundo cultural, ponerlo en continuada comunicación con los esfuerzos ajenos para obtener una humanidad mejor, informarle, en una palabra, de lo que el mundo va haciendo en su camino, y particularmente de los trabajos de su especialidad.

Para ello sería imprescindible una revista, una publicación periódica donde se siguiese el movimiento educativo del mundo entero y se diera, además la información cultural indispensable para mantener el contacto entre el rincón apartado donde actúa el maestro y la actividad total del mundo. Bien entendido, una revista cultural, no administrativa.

Así hubiéramos conseguido que el maestro no se estabilizara. La revista le daría la actualidad, impidiéndole aislarse del mundo con perjuicio del porvenir de sus discípulos, imperfectamente preparados por desconocimiento de las necesidades de los tiempos.

Pero la revista no da más que la noticia. Son precisos los desenvolvimientos más amplios si se ha de sacar todo el partido posible de una idea fecunda. Hacen falta libros, para decirlo de una vez. Sería, pues, necesario organizar en cada pueblo una biblioteca de obras escogidas, de ciencias puras y aplicadas, de artes bellas y mecánicas, las experiencias de los demás en el pensar, en el sentir y en el hacer. No muchas, sino fundamentales obras en todos los órdenes. Esa biblioteca serviría para el maestro, para sus discípulos y para todo el pueblo.

Tampoco los libros lo dan todo, sin embargo. Y una serie de cursillos intensivos que versasen sobre asuntos referentes a la educación y que podrían desarrollarse aprovechando las épocas de vacaciones, serían el complemento que acabaría de poner al maestro en estrecha relación con el mundo. Los intereses de la ciudad y los del campo, perfectamente compatibles, serían de esta suerte mejor comprendidos y apreciados y el maestro, como un lazo de unión entre ambos, mantendría su relación cordial con el celo del que sabe como es mejor concertar esfuerzos que oponerlos.

Finalmente, si, debidamente elegidos, todos los años son enviados a estudiar las mejores instituciones educativas del extranjero unos cuantos maestros de nuestras escuelas vascas, nuestro objeto de evitar un estancamiento en la labor de aquellos que fueron preparados sin reparar en sacrificios se habría conseguido en mucha parte.

No se nos oculta el considerable esfuerzo económico que para realizar todo eso habrían de desarrollar nuestras Diputaciones. Pero creemos sinceramente que no hay otro medio para conseguirlo. Por otra parte, el tiempo apremia y el mundo se dispone a realizar un trabajo en paz tan extenso e intenso como el estupendo que está ejecutando ahora. Y los pueblos incapacitados por su debilidad o su incompetencia para aspirar a un sitio bajo el sol, pagarán a los otros el impuesto tremendo de su dependencia económica y su tutoría intelectual y moral.

Ya sé que hablo a convencidos: pero quisiera que el número de éstos, fuese

tan grande como el de vascos. Cuando todo el mundo se dé perfecta cuenta de lo que produce el capital invertido en educación, no habrá regateos para todo lo que sea armar a nuestra juventud, haciéndola invulnerable contra los enemigos ajenos y los propios.

No nos hagamos ilusiones. Para ir a la velocidad de los mejores es necesario que pongamos en tensión todas nuestras fuerzas. Y ved a qué velocidad se va por esos mundos de Dios. Puestos en orden por cifras máximas, Canadá, gasta al año 27 pesetas por habitante en instrucción primaria; Nueva Zelanda, 26; Estados Unidos, 2.5; Suiza, 21; Gran Bretaña, 16; Australia, 15; Alemania, 12; Holanda, 12; Francia, 8; Bélgica, 7'70; Italia, 5; Portugal, 3'55, y España, 1'60 pesetas por habitante. Estos datos corresponden a los años anteriores a la gran guerra; porque ahora todas las naciones se disponen a aumentar sus presupuestos de educación considerablemente.

Frente a esas cifras debíamos oponer las nuestras sin avergonzarnos. Pero no puede ser. Si calculamos para nuestro País Vasco un gasto prudencial equivalente a la medida del que hacen los países mencionados más arriba, un gasto por habitante de 14'75 pesetas, poco menos que el de Australia y sin contar España con su peseta sesenta céntimos por habitante al año (ahora será algo más; el dato es de 1908), nos resultaría un gasto anual total para el País Vasco en Instrucción primaria de 14.499.250 pesetas (para una población total de 983.000 habitantes). En vez de esa cifra, que no llega a la del Canadá, ni mucho menos al ideal, el País Vasco destina a ese fin importantísimo unas 2.295.959 pesetas, o sea un promedio de 2'34 pesetas anuales por habitante. Esa cantidad es la que pagan sus Diputaciones, prescindiendo de las que aporta el Estado, que vendrá a ser de unas 700.000 pesetas, todo ello calculado a razón de los gastos de Navarra.

Y ahora decidme si con 3'04 pesetas (menos aún que Portugal) anuales por habitante, gastadas en preparar a nuestro pueblo para las más altas empresas, puede pensarse en mayores que comer malamente y vivir de las migajas de los otros, entre la necesidad y la emigración.